
EL BARROCO (SIGLO XVII)

1. Introducción sociocultural

El siglo XVII es un siglo de crisis política, social y económica, no sólo en España sino también en el resto de Europa.

Durante el siglo XVI, España fue la primera potencia europea, pero en el siglo XVII, con la subida al trono de Felipe III se inicia un proceso de descomposición interna que se acelera durante los reinados de Felipe IV y Carlos II. La miseria se va apoderando de la sociedad española, y una serie de derrotas en las guerras en Europa (guerras de Flandes y de los Treinta Años) causaron prácticamente la quiebra de la economía. Desde mediados de siglo, España se ve sustituida en la dirección de los asuntos europeos por Francia que pasará a ser la primera potencia europea, y a finales de siglo España pasa a ser "el esqueleto de un gigante".

Ante esta cruda realidad hay dos actitudes diametralmente opuestas: hay algunos que reaccionan con un desolado pesimismo y advierten la ruina de España, como es el caso de Quevedo, en cuyas palabras se transparenta la sensación de fracaso y desaliento que contrastan con el vital impulso de la época anterior. La mayoría prefiere, no obstante, refugiarse en un mundo falso de bellas ilusiones cerrando los ojos a la dura realidad. El fastuoso lujo de la corte de los Austrias o el éxito popular del teatro de Lope de Vega, indican la alegre inconsciencia de la mayoría de los ciudadanos de la época.



El siglo XVII fue una época de descenso demográfico (epidemias, guerras, aumento del clero), de estancamiento de la agricultura y la ganadería, y de retraso industrial.

En España, las ideas de la Contrarreforma católica adquieren un profundo arraigo. La noción cristiana del pecado original se instala de nuevo en la mente de todos y la idea humanística de la bondad natural del hombre se quiebra para dar paso a un radical desengaño. A la confiada exaltación renacentista de la vida sucede una ascética desvalorización de todo lo terreno. Se compara la vida humana a un sueño; la imagen de la muerte es una rigurosa advertencia, y la idea de la fugacidad de lo terreno y de la apariencia engañosa de las cosas se impone. El desengaño se convierte en el núcleo del pensamiento moral en la literatura del siglo XVII.

La progresiva desorganización política, social y económica favorece el nuevo estado de cosas y la sociedad española experimenta un considerable descenso

del nivel moral. Las clases altas se dejan arrastrar por un exacerbado apetito de lujo y de placeres, mientras se esfuman los ideales de otros tiempos. En cuanto a las clases inferiores, aumenta la presencia de vagos, mendigos y delincuentes, producidas por las guerras y por la indiferencia del gobierno.

El Barroco supone, en muchos aspectos, una vuelta a actitudes medievales. Lo natural y lo sobrenatural, que el Renacimiento había separado, vuelven a confundirse. La Inquisición vigila toda explicación de la naturaleza o del hombre que no tenga en cuenta la directa acción divina. Cesan, prácticamente en España, la investigación científica y la filosofía racional que apuntaban con el Renacimiento, y se impide el "pernicioso" contacto con Europa.

2. Las dos formas de la literatura barroca en España

Hay dos tendencias dentro de la literatura del Barroco: *El culteranismo* y *el conceptismo*. Ambos movimientos rompen con el equilibrio clásico entre forma y contenido, pero lo hacen de modo diferente.

- **a.- Culteranismo**

El culteranismo altera el equilibrio clásico haciendo que la expresión se desarrolle a expensas del contenido. El culteranismo aspira a crear un mundo de belleza absoluta, atendiendo a los valores sensoriales. Utiliza un lenguaje oscuro, de difícil comprensión. Sus recursos expresivos son los mismos de la poesía renacentista, pero sometidos al proceso de exageración típico del Barroco.

Utiliza un lenguaje culto que se basa en el empleo abundante del latinismo, por lo que la expresión adquiere originalidad y se aleja de las formas vulgares del habla habitual. Se utilizan frecuentes neologismos, a veces de una gran sonoridad, y el hipérbaton con el que se altera el orden normal de la frase. Se utiliza mucho la metáfora con el fin de esquivar los aspectos desagradables de la realidad cotidiana.



Como procedimiento culto cabe citar también las alusiones a la mitología, mediante las cuales la poesía se sitúa en un mundo bellamente irreal y se ennoblece con el prestigio que deriva de la antigüedad clásica.

La atención del poeta culterano se concentra en la exaltación de la belleza sensorial (el color, la luz, el sonido) y en la creación de un exquisito lenguaje poético, por todo lo cual el asunto es lo de menos. Por ello, el poema queda reducido a una brillante sucesión de imágenes expuestas en un estilo afectado y difícil.

- **b.- Conceptismo**

El conceptismo, al contrario que el culteranismo, hace que el contenido sea muy denso, complicado, y que la forma resulte condensada. La base del conceptismo

se halla en las asociaciones ingeniosas de ideas o palabras ("conceptos"). Mientras que al culteranismo le interesa ante todo la belleza de la imagen y la expresión refinada, al conceptismo le interesa la "sutileza del pensar" y la agudeza del decir. Por eso, el estilo culterano se manifiesta a menudo en la poesía, y el conceptismo, en la prosa.

Uno y otro buscan las expresiones más inesperadas y difíciles, pero así como el culteranismo lo consigue utilizando un lenguaje culto, el conceptismo prefiere valerse del lenguaje habitual y retorcerlo artificiosamente creando palabras nuevas y prestándoles a éstas significados arbitrarios. Procura que las palabras signifiquen dos o más cosas a la vez. El resultado suele admirar por su ingenio.

En ocasiones, el conceptismo revela agudeza en el pensamiento y en la expresión, pero en muchos casos todo se reduce a juegos meramente verbales a base de doble significado de un término (equívocos), de la semejanza fonética de dos vocablos (paronomasia), de la contraposición de palabras o frases (retruécanos), etc. La prosa conceptista se llena así de antítesis, paradojas, contrastes, paralelismos e ingeniosidades de toda especie que le presentan un tono extraordinariamente afectado.

En resumen, son dos estilos difíciles. El culterano, por las complicaciones de la forma y por sus alardes cultos. El conceptista, por los conceptos o asociaciones sintéticas que hace entre ideas, a veces muy alejadas.